



M. T. Podestá

# **Sin amigos**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

M. T. Podestá

## Sin amigos

Un amigo!

Era para él un problema: -un amigo verdadero, leal, capaz de sentir en toda su noble expansión ese sentimiento delicado que vincula a los hombres, capaz de comprenderlo, de tolerarlo, de ayudarlo con desinterés y de estrechar su mano sin egoísmo. El no creía que ese ser pudiese existir; por el contrario, veía siempre las medias tintas del interés personal, del cálculo, de las conveniencias, envolviendo lo que en el comercio de la vida social se llama pomposamente amistad.

Huía de sus condiscípulos, de sus relaciones; miraba con indiferencia a todos aquellos que en otro tiempo habían constituido el núcleo de sus afecciones le bastaba el menor signo que pudiese dar lugar a una interrupción desfavorable, para borrar inmediatamente al sospechoso y no reemplazarlo nunca.

-¿Para qué me quieren? -se preguntaba alguna vez, coherente con sus ideas. -Si estuviese en una posición encumbrada, si pudiese dispensar favores, si mi nombre rodase como una bola de nieve por la cuesta de la montaña y mi influencia tuviese siempre un nivel alto, ya los tendría por docena solícitos, cariñosos, dispuestos a todo, adivinándome el gusto por agradarme. Podría contarles, reunirlos, dividirlos en categorías, y luego, elegir aquellos más flexibles para darme el lujo de tener amigos, de verme acariciado, entretenido y aclamado por partes, como un hombre de valer.

Parece que hoy se entiende así la amistad. Tal como soy ahora, sería locura pretender encontrar un alma piadosa que me hiciera el favor de ser mi amigo ¿Qué podría ofrecerle?... ¡Mis miserias!

¡Ah! pero yo veo, desde mi rincón, a esos pobres cómicos de la amistad, prepararse, tomar posturas, arrodillarse, hacer gimnasia de saludos, de apretones de manos, de sonrisas, de sorpresas interesadas, de exclamaciones de júbilo, de dolor, de simpatía; conmoverse, irritarse, llorar con lágrimas de repuesto, con indignación, que sale de la laringe cuando vociferan y juran que tienen el corazón dividido en terrones... ¡Bah! -agregaba con ironía, ¡qué sacrificio mezquino y bajo se imponen esos desgraciados! Más les valiera mostrarse tales cuales son, sin hacer el esfuerzo de esos afeites que alguna vez acaban por olvidar para dejarse sorprender en pleno público, accionando con entusiasmo, sin oír las burlas de los bastidores.

-Seres así -decía para sus adentros, y levantaba a la altura de sus ojos su mano izquierda, haciendo una paralela estrecha con el índice y el pulgar.

Peor para ellos.

Se miraba luego con detención, y agregaba: -Mi presencia, mi traje, mi aspecto, todo en mí está combinado para infundir recelo; si voy a golpear la puerta de alguno, me espíará por la rendija, el corazón le dará un salto, y muy cortésmente me cerrará la entrada.

Tienen razón.

Iré probablemente a molestarlos o sospecharán que voy en línea recta al bolsillo... Después que han empezado a esquivarme, he aprendido a despreciarlos; no me perdonarán que mi altivez de pobre les toque tan de cerca.

Mientras hablaba, iba haciendo desfilar en su imaginación a todos los que en otra época compartieron sus alegrías, sus holguras y sus extravagancias; movía con lentitud la cabeza, como despidiéndolos.

De pronto se dio un golpe en la frente, exclamando. -Este, este, al menos ha sido víctima expiatoria de mis arranques, y a pesar de todo, siempre ha sido bueno y condescendiente. Se refería a un condiscípulo con quien había vivido en la intimidad en sus mejores tiempos de estudiante; habían pasado juntos muchos años, compartieron las horas agradables y los días amargos, y con un cariño probado en la adversidad de los veinte años, se habían creído inseparables.

Su amigo había concluido su carrera: era un corazón fuerte, que poco se preocupaba de las neurosis y las lamentaciones de su compañero: contento, feliz, con la cabeza llena de aspiraciones, con el propósito firme de conquistar una posición, se entregó a los azares de su profesión y de la fortuna -en esta última, con éxito.

Hoy, estaba rico, en buena posición social, y tal vez su recuerdo se había borrado, si no de su memoria, por lo menos de su cariño.

¡Qué diferencia entre aquella época y ahora!

La amistad es un sentimiento que se modifica según el ambiente donde nace y las fuerzas que la sostienen; a su amparo, yo no habría sucumbido.

¡Ah! él también... ha seguido la corriente de los demás: a medida que su posición se ha elevado, su amistad ha sufrido las oscilaciones de mi descenso; un día quedó estacionaria bajo cero y el calor de otros tiempos no tuvo fuerzas suficientes para hacerla subir!

.....  
Muchos años habían transcurrido sin que se hubiesen encontrado, y, sin embargo, desde el fondo de sus sentimientos, sentía trepar una raíz de simpatía que empezaba a retoñar. Tal vez se lamentaba injustamente, pues, cuando se encontraron en la calle, casi frente a frente, su impulsión de esquivarlo fue vencida por un saludo cariñoso; su amigo había agitado la mano en un movimiento expresivo, acompañando el acto con una mirada de benévolo interés. A esta demostración afectuosa había correspondido con una sonrisa amarga y una inclinación de cabeza fría y displicente.

Tenía la convicción de que era egoísta y no debió abandonarlo así. El, en su lugar, lo habría buscado para atraerlo, para aconsejarlo como un padre cariñoso, para sostenerlo con su apoyo moral, como a un enfermo a quien se recomienda la observancia prolija y minuciosa de un método cualquiera.

En los días turbios cargaba la paleta de colores chillones, para esbozar la figura de su amigo, acabando siempre por encogerse de hombros y decir para sus adentros: es otra planta que se ha secado en este corazón que mata con exuberancia de vida la mezquina semilla.

Su amigo había nacido pobre, sus padres no pudieron costearle los elementos de que él pudo disponer a manos llenas, para emprender con bríos la lucha por la vida.

La escasez y las privaciones le eran desconocidas; en cambio, su condiscípulo se había puesto de frente a la fortuna, para arrebatarse sus promesas, y aun en las largas estaciones que hacía en su habitación, cuando se encontraba sitiado por falta de ropa y otros elementos indispensables para atender a sus más apremiantes exigencias, jamás se le oyó una queja.

En los meses de invierno, cuando la lluvia penetraba como por un arnero en la pobre

vivienda que a duras penas podía costearse, lo veía alegre, bromista, estudioso, haciendo castillos encantados para el porvenir y con humor de reírse un poco, a través de su rendija, de los hombres y de las cosas.

En esa misma época, él nadaba en la abundancia, tenía la llave de oro de la felicidad; y, sin embargo, miraba con secreta envidia la indiferencia con que su amigo se avenía a su condición humilde.

-Hay tiempo para todo -le decía, poniendo un semblante alegre y burlón; -la fortuna vendrá, vendrá sola; el mejor sistema es despreciarla, para que no se crea indispensable; primero está mi novia que ella -añadía, riéndose, y tomando entre los libros un ramillete de violetas marchitas, aspiraba un resto de fragancia, que había quedado como adherida, y le decía: - ¿Ves estas flores?... pues no las cambiaría por un puesto de ministro.

-¡Qué temperamento envidiable! -solía decirse para sus adentros, -¡qué fuerza de voluntad probada diariamente en el yunque de la pobreza!... ¡qué resignación para vencer los obstáculos!

Lo que para él era una montaña, para su amigo, era un terrón despreciable, que salvaba airosamente.

Cuando los primeros síntomas de su desfallecimiento y de sus neurosis empezaron a asaltarle en la intimidad le hizo las primeras revelaciones, éste, que lo escuchaba con aparente interés concluía por reírse y muchas veces por exasperar ridiculizando sus manías.

.....  
Una noche, su amigo se había acostado más temprano que de costumbre; el frío y los exámenes le hacían tiritar; era la última prueba de preparatorios, y había corrido la voz, en el gremio estudiantil que los profesores iban a presentarse inexorables: los *reprobados* y *aplazados* caerían por centenares, sin inspirar lástima.

El miedo había ganado terreno, y por la noche no se encontraba en los paseos y en las reuniones ni un estudiante para remedio.

Este leía en voz alta un tratado de filosofía, y se engolfaba en las cuestiones de la metafísica, como en un laberinto sin salida.

Interrumpía por momentos la lectura, doblaba el libro, dejando el pulgar entre sus páginas; recostaba su cabeza sobre la almohada, y empezaba a cavilar sobre el espacio, el tiempo, el infinito, etc., y a medida que sus transportes filosóficos lo hundían en las nebulosidades de esa metafísica erizada de espinas, como un abrojo, iba poblando el techo de su cuarto con un caleidoscopio de mundos y de ideales, hasta constituir el cosmos que conciben los cerebros estudiantiles.

Absorbido en estas abstracciones, que concluían por hacerle saltar de la metafísica a su novia, por esa asociación de ideas que se anuda con un pretexto, con una reminiscencia, con un recuerdo cualquiera, que pasa por el campo de la memoria como una vibración eléctrica, no había oído el ruido de pisadas inseguras y lentas que chapaleaban el agua del patio.

Nada había oído en medio de esa confusión de rumores, de gritos, de aullidos, de vibraciones que parecen venir en tropel, persiguiendo al viento, que empuja puertas y ventanas, y se escapa por entre las rendijas, para perderse en las tinieblas de la noche.

De pronto, oyó, sin embargo, su nombre, pronunciado claramente; después... el silencio interrumpido por la lluvia que caía lentamente desde el techo, como entretenida con el tac-tac de su música cadenciosa. Permaneció otro rato con el oído tendido hacia la puerta, y como el llamamiento no se repitiese, pensó que sería ilusión de sus sentidos, y sacando el dedo de las páginas que comprimía, volvió a abrir el texto para continuar su interrumpida lectura; pero no había aún terminado el quinto renglón, cuando oyó de nuevo su nombre...

Esta vez no podía equivocarse; era la voz de su amigo que lo llamaba y forcejeaba la puerta para entrar.

Dio un salto de la cama, hizo rodar una silla, que llevó por delante, y de un tirón abrió la puerta: una ráfaga de viento, que había estado mugiendo por la rendija, como implorando protección, entró con furia en el cuarto; detrás de ella, su amigo, completamente mojado. ¡Su amigo!

A esas horas, empapado, enclenque, tambaleando y balbuciendo palabras ininteligibles. El lo miró con sorpresa y con una mezcla de reproche y curiosidad empezó a preguntarle el motivo de aquella visita inusitada.

-Es tarde -le dijo éste, -es tarde, bien lo sé y dejó oír en seguida una risotada de idiota, a tiempo que inclinaba su cabeza para un lado, como si el cuello estuviese cansado de sostenerla... -es tarde, he venido a verte, porque no daré ya examen, he abandonado mi carrera... ya sabes por qué... he disipado también todo lo que tenía, y ahora no sé qué haré... Su compañero lo escudriñaba, de arriba abajo, como quien procura reconocer a una persona que ha visto alguna vez, y no acertaba a explicarse aquella transformación.

Mientras, él se había sentado sobre el borde de la cama, cubriéndose apenas con una manta provinciana, y contemplaba a su amigo con extrañeza y con zozobra.

¡Qué transformación repentina! Hacía apenas algunos meses que no lo veía, y casi no lo habría reconocido; parecía que la Naturaleza lo hubiera despojado en un buen momento de su organismo exterior, como cuidadosa de sus criaturas, para ponerle uno gastado e inservible: su cara, que en otros tiempos tenía la placidez tranquila de sus líneas bien acentuadas, era ahora una cara de convaleciente; la piel, que sobraba, caía sin elasticidad, arrastrando los labios entreabiertos; los ojos, que parecían pequeños para las órbitas ahuecadas y sombrías, la barba crecida, desaliñada, la expresión de todo su conjunto de líneas y de rasgos que se iban borrando o modificando, daba a su fisonomía cierto aire de idiotismo y de abandono, que hizo estremecer a su amigo.

Lo miraba con lástima, mientras él hablaba entre dientes, con voz temblorosa... de vez en cuando, alzaba los ojos, sin brillo, miraba fijamente un objeto cualquiera... luego, reía, con esa risa sarcástica y convulsa de los ebrios.

-Como su padre -se dijo para sí, recordando una escena de familia que había presenciado una vez. Alzando luego la voz, le dijo: -¿Quieres que te acompañe a tu casa?

-Mi casa, mi casa... no tengo casa desde esta noche... -y dirigiéndole reproches inmerecidos, y tomando todas las cosas al revés, como se dice vulgarmente, abandonó la habitación, tambaleando siempre, y llegando por gradación desde el reproche al insulto, del insulto a la amenaza...

Vulgar, grosero, insolente, con esa insolencia mujeril que desarma el brazo, y que, lejos de inspirar indignación, nos mueve a la piedad o desprecio...

Su amigo lo vio salir, sin atinar a seguirlo; estaba abstraído en reflexiones dolorosas, y nada se le ocurrió para socorrerlo... Oyó sus pisadas, que se perdían en el patio oscuro y resbaladizo, y los del perro que no se aventuraba a salir de su casucha para afrontar el frío de la noche.

Cuando se levantó, para cerrar la puerta, miró hacia afuera: la lluvia había cesado. Algunas estrellas brillaban en el cielo azul, verdoso, manchado con nubes blancas, como espuma de jabón, que corrían arrastradas por las ráfagas del pampero.

.....

Fue aquella la última entrevista, el último amigo que borró de sus sentimientos con la complacencia vanidosa que le sugería su orgullo.

Fue también una lección severa que había puesto a contribución su carácter, su dignidad, sus sentimientos, y que lo había humillado hasta el fango: -Ni el perro me ha hecho caso -se dijo al día siguiente, cuando pudo salir del sonambulismo alcohólico.

Su organismo era una mesa revuelta, en el que estaba confundido lo bueno con lo malo de una manera deplorable; quiso poner orden a aquel desquicio pero solo lo consiguió en parte. En donde quería asegurar una hebra fuerte y estable, se le espía el canavá y tenía que dejar a un lado un sentimiento, un recuerdo, una afección, un deber, un impulso generoso, y su trabajo de reconstrucción, sus propósitos, quedaban trancos... Iba caminando por una senda accesible, suave, fácil; de pronto un abismo, un escollo, un vacío... y empezaban aquí los desfallecimientos y las quejas... Como consecuencia de esto, el abandono, el hundimiento... la fatalidad, que le hacía flotar sin rumbo, como una escoria.

Saltó bruscamente la valla que lo retenía en un medio social distinguido, y en el que se había empezado a formar; se encontró libre, libre como un individuo venido de otras regiones, sin parientes, sin amigos, sin afecciones, sin deberes, sin aspiraciones; su objetivo era substraerse a todo, y si hubiese sido posible, imitar en la vida real a los personajes de Verne, habría elegido el centro de la tierra para ir a plantar en las soledades del abismo su estandarte de guerra contra la humanidad, que pesaba sobre su cerebro, para aplastarlo. Con estas ideas y con estos propósitos, y el encadenamiento lógico de los hechos, que lo precipitaban en la nada, iba poco a poco despojándose de todo lo que podía pertenecerle, de todo lo que podía constituir un atractivo para vivir; iba arrojando al vacío, y a manos llenas, su caudal, como un naufrago que arroja al mar hasta su comida, por temor de que el peso haga hundir la barca.

Llegado a estos extremos, su desesperación tenía que pesar sobre su ánimo, para hacerle tomar una resolución que lo salvase del abismo que lo atraía con sus fauces insondables. Volvió con su memoria al pasado, en el que pudo encontrar días felices, como perlas en el Océano, en cambio, una cadena de trastornos, de amarguras, de sacudidas y una larga serie de vacíos, iba llenando con su miseria, con su indolencia, sus reproches, con su imprevisión.

Recordó la noche que había golpeado a la puerta de su único amigo, y no pudo sentir el rubor en su rostro, porque ya su sangre estaba cansada de servir a sus nervios enfermos; le vino a la memoria, agrandada por el reproche y por la humillación, la primera caída; había estado ebrio y había insultado, con torpeza inconsciente, al que había tenido siempre palabras de cariño y de estímulo para su postración injustificada, y aquí se pasó la mano con cierta mezcla de vanidad y de satisfacción, por haber podido vencer las tendencias que lo arrastraban al vicio, con esa seducción misteriosa que tantas veces lo había acechado. -¡Ebrio! -decía, -¡nunca! Pesaría sobre mi nombre y sobre mis huesos esa huella funesta que debía ser una triste herencia para mi porvenir... He podido, hasta ahora, aplastar su cabeza... ¿pero en adelante?... ¡quizá!

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

